

LA UNIVERSIDAD Y SUS PROFESORES EN FRANCIA

Por RAOUL AUDIBERT

LA Enseñanza Superior, en su forma actual, es la descendiente directa de las antiguas y muy singulares Universidades de la Edad Media, y su evolución no ha sido la misma en todos los países. En unos—especialmente en las naciones anglosajonas y germánicas—ha conservado la independencia y las tradiciones inherentes a sus orígenes privados y clericales; en otros, al contrario—como Francia y la mayoría de las naciones latinas de ambos continentes—, la Universidad moderna nació o cayó progresivamente bajo la dependencia del Estado, gozando de libertades y privilegios de mera forma, pero rigiéndose por la autoridad ministerial, como el resto de la educación nacional.

* * *

Esta situación aparece claramente en el modo de designación de los profesores y en el aspecto que reviste su carrera. Con excepción de los tres o cuatro establecimientos

de Enseñanza Superior «libre», como los Institutos Católicos de París o de Lila, cuyos alumnos deben someterse a los exámenes de las Facultades del Estado, únicas habilitadas para conferir diplomas oficiales, en las dieciséis Universidades francesas los profesores son *elegidos* por el respectivo Consejo de Facultad, pero su *nombramiento* depende del Ministro, que se reserva el derecho de declararlos previamente aptos al desempeño de su cargo.

Cada año el Ministerio de Educación Nacional, después de consultar al Consejo de Enseñanza Superior, levanta una lista de aptitud, compuesta de no más de cuatro o cinco nombres. Cuando se produce una vacante en una de las Universidades, éstas, previa autorización del Ministerio, pueden declarar sus preferencias mediante una elección, único vestigio de la autonomía tradicional; pero el profesor debe ser nombrado por el Ministro, que puede sustituirlo por un candidato de su preferencia. Una vez nombrado, el profesor sigue una carrera conforme a las reglas del escalafón administrativo; puede obtener sucesivamente su traslado de una Universidad a otra; por ejemplo, de Rennes a Lyon, o de Montpellier a Burdeos, y sólo después de ocupar cátedras de creciente importancia podrá llegar a la más grande de las Universidades, a la vieja Sorbona medieval, no más independiente que las otras.

Existen actualmente en Francia 1.434 profesores de Facultad (entre los que figuran sólo 22 mujeres), formando un Cuerpo jerarquizado de funcionarios, situado a un nivel relativamente elevado en el escalafón administrativo: en virtud de las «paridades» establecidas entre las diferentes categorías civiles o militares, un profesor de Facultad empieza (entre treinta y cuarenta años) en un rango equivalente al

de coronel o de ingeniero en jefe, para alcanzar a la edad de la jubilación (setenta años) el de general de división o de alto magistrado. El profesor figura, por lo tanto, entre los altos funcionarios mejor retribuídos; pero cuando se sabe lo bajos que son los sueldos públicos en Francia, se comprende la legítima sorpresa de los más notables profesores franceses cuando visitan una Universidad extranjera y comparan sus emolumentos a los de sus colegas.

* * *

¡Qué referencias científicas, sin embargo, las que se exigen de estos maestros, muchos de los cuales gozan de notoriedad mundial! Su grado universitario es el tradicional grado de *Doctor*, cuya obtención supone un trabajo de erudición, de pensamiento o de descubrimiento consignado en una tesis, otro viejo recuerdo de los ejercicios escolares de la Edad Media. Pero no hay nada común entre la tesis de Doctorado de Estado, en Francia, y los trabajos de menor importancia que permiten la multiplicación de los doctorados en otros sistemas universitarios. Una tesis de doctorado en Ciencias o en Letras, en una Universidad francesa, supone a veces diez o quince años de trabajo, y debe constituir, en la especialidad del autor, un aporte de sólida erudición, o el desarrollo de una teoría nueva, o la afirmación de un pensamiento valedero.

Su elaboración se efectúa de diversas maneras. En ciertos casos, un joven profesor agregado, que ofrece, por el hecho de serlo, todas las garantías de orden pedagógico, obtiene una beca de la Caja Nacional de Investigación Científica, que lo descarga de toda labor docente y le permite consagrarse por entero a los trabajos eruditos; la Escuela de Atenas,

si es arqueólogo; los laboratorios, si es químico o físico, le abren sus puertas, dándole toda clase de facilidades para coronar su obra. En otros casos, se trata de profesores normalmente adscritos a un liceo, que deben atender en primer lugar a sus obligaciones profesionales, y consiguen proseguir su trabajo personal a fuerza de voluntad y de tiempo. De todos modos, el tema escogido tiene que ser previamente aprobado por su futuro Tribunal de examinadores, el cual controla la gestación de la tesis, y cuando juzga el trabajo suficientemente adelantado y satisfactorias las pruebas del talento y del saber del candidato, propone su nombre al Ministerio para ser inscrito en la famosa lista de aptitud. El autor de la tesis inconclusa entra entonces a formar parte del profesorado de Enseñanza Superior y obtiene en una Facultad el cargo de «Maestro de Conferencias». Desde entonces le queda por llevar a buen término su obra y obtener, el día de su sustentación, la mención *muy honorable*, absolutamente indispensable para entrar a ocupar una cátedra de profesor titular.

No es sorprendente, por lo tanto, que el repertorio de tesis doctorales sea un verdadero catálogo del pensamiento universitario francés. En la bibliografía de Taine, de Lanson o de Bergson; en la de Pasteur, Broglie o Joliot-Curie, la tesis doctoral figura entre los títulos más importantes. Famosos descubrimientos matemáticos de Henri Poincaré o de Painlevé, y aun los primeros escritos filosóficos de J. P. Sartre, fueron, inicialmente, trabajos destinados a una tesis de doctorado.

Todos o casi todos esos autores, por cierto, no alcanzaron la notoriedad sino mucho más tarde, en una carrera com-

partida entre la enseñanza y la prosecución de sus estudios personales.

La Universidad, tan severa cuando se trata de calificarlos y escogerlos, ofrece a sus profesores, una vez nombrados, una maravillosa independencia de pensamiento y sorprendentes posibilidades para ejercer su influencia. Dueños de su cátedra y de su laboratorio, solos o en medio de los estudiantes, los maestros gozan de la quietud de una carrera segura y de una libertad que les permiten desarrollar hasta su plenitud los dones tan severamente demostrados en sus comienzos. De ahí vienen el particular brillo y la cohesión de la Enseñanza Superior francesa, tan profundamente unida a la vida intelectual del país: la designación rigurosa y reglamentada del funcionario universitario está ampliamente compensada por la estabilidad, la autonomía y la libertad de la función.

